

## Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón por videoconexión desde Milán, 24 de febrero de 2021

*Texto de referencia: L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Encuentro, Madrid 2019; capítulo 2, punto 9 titulado: «La forma persuasiva con la que interviene en la historia el Espíritu Santo: el carisma» (pp. 116-124).*

- *Errore di prospettiva*
- *Tu sei venuto dal buio*

### *Gloria*

¡Buenas noches a todos! Empezamos nuestro momento de trabajo sobre la Escuela de comunidad, centrada por entero en una cuestión que nos resulta muy familiar: el carisma.

Nada ayuda más a comprender qué es el carisma, no como definición o como discurso sino en términos de la experiencia, que observar esta dinámica en una persona que lo ha encontrado hace poco.

*Buenas noches a todos. Gracias por invitarme aquí esta noche, para mí es la primera vez. Antes de 2020 no conocía Comunión y Liberación. Conocí a una compañera de trabajo que pertenecía, pero ya antes de saberlo sentí enseguida un fuerte vínculo con ella, sin saber por qué. Me preguntaba el motivo, puesto que entonces era casi una extraña para mí. Lo que más me sorprendía es que ella no me trataba como si fuera una extraña, no juzgaba el hecho de que yo no tuviera relación alguna con la fe, y nunca intentó obligarme a creer. Un buen día, como un rayo a cielo abierto, me invitó a participar en la Escuela de comunidad que había esa misma noche, y pensé: «¿Cómo es posible que alguien como ella invite a alguien como yo?». En aquel momento me parecía un milagro porque, siendo una completa extraña, me acogían en su compañía como si fuera una hermana. Poco a poco fui experimentando el carisma de esa compañía que estaba pasando a formar parte de mi vida. Conocí personas que forman una gran familia, donde no solo se cuidan entre sí sino también a los que llegan de fuera. Empecé a pensar que Dios había elegido a esa persona para comunicarme algo que quería donarme, es decir, ese encuentro con Él que hacía tiempo que no tenía. Lo extraordinario es que decidió hacerlo de la manera más humana y natural posible, dejándome la libertad de aceptar ese don que otras veces no había acogido. Yo siempre decía que estaba lejos de Dios pero, a través de ella, Él me ha atraído hacia Sí. Sin cadenas, sin restricciones ni salvoconductos, solo con el amor que me transmitía esa familia de personas que ya no eran extrañas. Todos somos diferentes, pero nos une el hecho de ser hijos de Dios y por tanto hermanos, y eso elimina cualquier tipo de extrañeza entre nosotros, ya desde el primer encuentro. Este es el significado del carisma del movimiento de Comunión y Liberación: una gran familia que te acoge en el abrazo que puedes recibir al encontrarte con Dios, y que te hace sentirte protegido y amado más allá de todo límite.*

No sé lo que habéis sentido vosotros al escuchar a esta nueva amiga, pero yo no he podido evitar el impacto de cada detalle de su relato porque mostraba perfectamente la manera en que Dios actúa, es decir, a través de esta gracia que llamamos «carisma» –como leemos en la Escuela de comunidad–. La caridad de Dios se vale de esta modalidad para hacer posible la fe en una persona extraña y lo hace, como ella dice, de la manera más natural: hace persuasivo el camino, sin forzar, ella simplemente se ha topado con una persona con la que enseguida percibió un fuerte vínculo que no esperaba, pues eran «extrañas». Así, poco a poco, empieza a hacerse familiar algo que antes le resultaba totalmente extraño, se genera una relación completamente nueva, hasta borrar todo rastro de extrañeza. Esta es la modalidad, absolutamente sencilla. Para entenderlo no hay que hacer un curso sobre el carisma, pues sería una abstracción. El camino consiste en toparse con una persona que te atrae por el modo en que te trata, te mira, y con la que se genera un vínculo. Con el tiempo, nuestra amiga se ha dado cuenta de que era Él, Dios, que «a través de ella Él me ha atraído hacia Sí. Sin

cadenas, sin restricciones [...], solo con el amor que me transmitía esa familia de personas que ya no eran extrañas». Una humanidad distinta solo tiene un método para comunicarse: en la relación con esa persona había algo que la atraía. La atracción, no las cadenas. Y todo eso lo ha percibido como un don de Dios por la afinidad que se generaba –como dice luego la Escuela de comunidad– con personas con las que se sentía verdaderamente unida: «hijos de Dios y por tanto hermanos». Tal vez nosotros estamos acostumbrados a relatos como estos, pues hemos oído muchos, pero verlo suceder ahora, en la situación histórica que estamos viviendo, significa que puede suceder siempre y que esta es la manera, totalmente humana, con que el Misterio se hace compañero nuestro hacia el destino: nos atrae en este lugar, que se convierte, como le ha pasado a ella, en compañía hacia el destino.

*Hola.*

Hola, ¿cómo has descubierto existencialmente el alcance del carisma, tú que llevas tiempo dentro de la vida del movimiento?

*Una amiga, retomando la Escuela de comunidad, contaba que lleva un tiempo viviendo en una distracción continua, donde todo se pierde, incapaz de fijar un punto en la jornada que mantenga unidas todas las cosas: todo se le escapaba sin consistencia. Un amigo, durante un encuentro del grupo de Fraternidad, contaba cómo, al recibir la noticia de un dolor sufrido por un amigo, no se “desplazó” ni lo más mínimo de lo que estaba haciendo un segundo antes, como si nada hubiera pasado. Estoy agradecido a estos amigos porque me muestran que existe un lugar (el carisma, en sus diversas articulaciones) donde siempre es posible exponerse sobre la mesa. De esta manera me han hecho más consciente de que la nada no es una abstracción filosófica y que yo también puedo caer en ella, y que esta morada, el carisma, es irreductible a cualquier límite, a cualquier deslizamiento en la nada, porque en la experiencia del carisma me encuentro con Jesús vivo, única posibilidad de no ceder a la nada. El libro dice en la página 116 que «el Acontecimiento sucede hoy a través de una forma determinada de tiempo y de espacio, lo que permite afrontarlo de un cierto modo y lo vuelve más comprensible, más persuasivo y más pedagógico». Como dice en la página 118, esto es decisivo porque el carisma es «el factor que facilita existencialmente la pertenencia a Cristo, es una evidencia de la presencia actual del Acontecimiento, porque nos mueve». Leer, reflexionar y confrontarme con este punto, con el carisma, es como estar inmersos en el Misterio viviente que me habla, me toca, me abraza. Visitar estas páginas me hace dar gracias por la iniciativa que Dios ha tomado conmigo. Incrementa mi hambre y sed del Misterio.*

Después de escuchar a la amiga de antes, llama la atención que nosotros, que vivimos esta experiencia desde hace tiempo, podamos estar tan distraídos o impermeables ante las cosas, sin consistencia. Del estupor inicial que lo cambia todo nos deslizamos hacia la distracción que prevalece tantas veces, tanto que uno se queda impasible incluso ante el dolor de un amigo. Parece casi impensable. Sin embargo, estas dos intervenciones, una tras otra, nos ayudan a entender que la naturaleza de este lugar que ha fascinado a nuestra nueva amiga consiste en ser una realidad que, igual que la ha acogido a ella, también nos sigue acogiendo a nosotros a lo largo del camino, para sacarnos constantemente de nuestra distracción, de nuestro decaer. No es un lugar donde debamos estar a la altura, sino donde cualquiera puede compartir todas sus fatigas, todas las dificultades que surgen por el camino, porque es «irreductible a cualquier límite»; y justamente su carácter irreductible representa para cada uno de nosotros la única posibilidad de no ceder definitivamente a la nada, porque nos levanta constantemente, nos saca del torpor en que tantas veces podemos encontrarnos y nos mueve, nos pone de nuevo en movimiento, facilita existencialmente la pertenencia a Cristo, porque solo la evidencia del Acontecimiento presente hoy nos mueve. Y esto es decisivo para nosotros, que somos humanos y por tanto sabemos lo que significa decaer en tantos aspectos de la vida, pero al mismo tiempo sabemos que estamos dentro de un lugar irreductible, capaz de reanudar siempre la partida, sin dejarnos a merced de la nada, volviendo a ponernos siempre en movimiento.

*Respecto al punto 9, me ha llamado mucho la atención cuando dice que «el carisma es como una ventana [abierta] a través de la cual se ve todo el espacio» y que «la prueba de que un carisma es*

*verdadero es que nos abra a todo, que no nos cierre» (p. 118). Nada más leer estas frases me sorprendió cómo describen la experiencia que estoy viviendo últimamente. En el trabajo está siendo un momento complicado, hay muchas discusiones y “la organización” siempre es la gran cuestión, todos los días. Una mañana, en el enésimo intento de controlar la situación, insistí en que mi postura era de apertura a lo que nos propusieran. Una compañera, con la que llevo poco tiempo trabajando pero con la que se está dando una relación preciosa, me dijo: «No dejas de sorprenderme porque siempre estás dispuesta y abierta a todo, no te retiras a priori». Volviendo a casa en el coche, pensaba en esto que me había dicho y razonaba pensando que no es que yo sea abierta sino que mis compañeros se quejan continuamente. Pero debo decir que esta explicación no me cuadraba del todo, había algo que se me escapaba. Esa noche leí el punto 9 y sentí un sobresalto porque me di cuenta de que no estaba tomando en consideración el hecho de que yo soy así por un motivo preciso, es decir, por lo que he encontrado, el carisma, que me ha moldeado “a mejor” y que me abre. Me impactó darme cuenta de que no estaba tomando esto en consideración, de hecho razonaba como si fuera un aspecto temperamental (que quizá también puede ser en parte). No puedo dejar de constatar la verdad de lo que afirma la Escuela de comunidad, que el carisma ha hecho de mí una persona nueva. ¡Gracias!*

Gracias, porque después de tus palabras, lo que contaban las dos primeras intervenciones se despliega ante nuestros ojos, sorprendiéndonos y desvelando la naturaleza propia de la gracia que nos ha acontecido, de este carisma que nos permite estar en la realidad dispuestos a vivir cualquier circunstancia, incluso las dificultades que uno puede encontrar en el trabajo, en las relaciones, en la vida personal, en las circunstancias cotidianas. Los primeros en darse cuenta son aquellos con los que vivimos, en este caso los compañeros: «No dejas de sorprenderme porque siempre estás dispuesta». Mientras que nuestra amiga ni se había dado cuenta de su apertura, pensando que los demás se quejan demasiado. Pero de vuelta a casa se da cuenta de que esta explicación no le cuadra del todo, no la convencía. Entonces el texto de la Escuela de comunidad le ayuda a entender de dónde nace esa apertura de la que había sido testigo y que su compañera había percibido, provocando en ella un sobresalto lleno de gratitud. Este es un ejemplo de que solo podemos entender la naturaleza del carisma a través de la experiencia. La experiencia precede siempre cualquier cosa que leamos. La experiencia nos hace entender el texto y el texto nos ayuda a entender cada vez mejor la experiencia. De hecho, si no le hubiera pasado lo que ha contado, habría pasado por encima del texto sin darse cuenta de su valor. Por otro lado, si no hubiera leído esas frases no habría podido darse una razón adecuada de toda la profundidad de la experiencia vivida, de la que surgió ese «sobresalto» por la sorpresa de las palabras de don Giussani. Los textos nos acompañan, como decíamos antes, para tomar conciencia del acontecimiento que ha sucedido en nuestra vida, que aún no hemos entendido hasta el fondo. Hasta tal punto es así que no era consciente de que el carisma estaba haciendo de ella una persona nueva, la ha generado: «El carisma ha hecho de mí una persona nueva». Imaginemos cómo sería levantarse por la mañana, amiga mía, con esta conciencia, no solo con la cabeza llena ya de preocupaciones, sino desafiando cualquier preocupación con la conciencia de que el Misterio te ha generado y te está moldeando, por eso puedes afrontar cualquier cosa que suceda en la jornada con esa diferencia que ya se ha inoculado en ti, casi sin que te dieras cuenta, dentro de tu ser, en tus movimientos, en tu mirada. Esto es el carisma: un particular a través del cual el Misterio nos genera como personas abiertas a cualquier circunstancia, a cualquier desafío, a cualquier situación. ¿Cuántos se quejan de la situación en que se encuentran? Dios, en vez de mandarnos una explicación, nos genera de tal manera que nos hace vivirlo todo con esta diferencia: abiertos en vez de quejosos. Profundicemos en este aspecto del carisma —«una cosa particular que capacita para la totalidad» (p. 118) —, para darnos cuenta de un equívoco en el que se puede caer fácilmente.

*Para mí la cuestión también pasa por lo que señalaba al principio la última intervención, y tú acabas de citar. Don Giussani dice que el carisma es «una cosa particular que capacita para la totalidad», una ventana que abre a todo un horizonte. Esta manera de entender el carisma me ha acompañado desde que entré en el seminario hace más de treinta años, porque en el seminario encontré una*

*postura un poco diferente. Se pensaba que el carisma era como un añadido, un “ornamento”, un subrayado, no necesariamente combativo (había quien lo valoraba, quien lo toleraba, y también quien lo miraba con sospecha). En definitiva, la idea era esta: la espiritualidad del cura diocesano es, digamos, la base común y luego, a partir del carisma personal –para mí, para nosotros, el carisma de un movimiento–, se puede añadir algo. En cambio, la hipótesis de don Giussani es radicalmente distinta. Lo repito e insisto: el carisma es un particular histórico que introduce y permite vivirlo todo, no es solo un añadido. La pregunta que surgía del contraste entre estas dos perspectivas siempre me ha acompañado y hoy creo haber entendido dos cosas. La primera es esta: aparte de la cuestión teológica, hay muchas razones a favor de lo que decía y dice don Giussani. Para mí es importante no cerrar existencialmente esta cuestión, tenerla siempre presente: la pertenencia al carisma de CL ¿cómo me abre a la realidad, a todo lo que me encuentro, a la realidad de la Iglesia entera? Yo quiero estar abierto a todo lo que me encuentro, a toda la realidad, a toda la experiencia de la Iglesia. Si cierro esta pregunta, es fácil caer en lo que el Papa a veces nos reprocha como «autorreferencialidad». Es una provocación que hay que tener siempre abierta, no intelectual ni teológicamente –pues a este nivel creo que está bastante clara– sino en la vida, existencialmente, la pregunta sobre cómo este particular, que para mí es el carisma de don Giussani, abre a la totalidad. La segunda cuestión es –creo que esta también se ha aclarado con los años–: hay un camino que no debemos recorrer, el que nos indica que solo podemos abrirnos a todo y a todos si somos un poco menos de alguien, en mi caso si soy un poco menos de CL. Esto me parece un equívoco que se da muchas veces (se diga o no se diga, se explicita o no) entre nosotros los curas. Si el carisma es un camino y un particular para vivir la totalidad, entonces ese camino solo se comprende en todo su valor recorriéndolo. Si vacilas o no entiendes dónde te lleva, te quedarás parado y la niebla se espesará. Solo viviendo con decisión una pertenencia concreta, ves si es bueno para ti, si te abre o te cierra. Con un eslogan, diría que la perspectiva es la totalidad a través de un particular y no a pesar de un particular.*

«A través de un particular»: esta es la expresión que debemos retener porque es el método que Dios usa –como estamos viendo en los testimonios de esta noche– para abrirnos a la totalidad. Y esto no es algo que ganemos de una vez para siempre, como tú dices, hay que vivir siempre esta tensión y ayudarnos a no cerrarnos dando por descontado la naturaleza del carisma –que es abrirse a la totalidad–, porque el hecho de pertenecer a la experiencia del carisma no nos garantiza de por sí que ya vivamos esa apertura a la totalidad. Bien sabemos que del dicho al hecho hay un buen trecho, por eso creo que dejar existencialmente abierta esta cuestión es muy sano, muy saludable para nosotros. Además, también hay que evitar el otro riesgo que indicabas, es decir, que para ser de todos hay que ser un poco menos de CL. Me llama la atención que el texto dice exactamente lo contrario: cuando más vive uno un carisma, más pertenece y se introduce en la Iglesia. A propósito de esto, me impresionaba escuchar hace poco a un amigo contando la experiencia que ha vivido su hija con un grupo de amigos bachilleres, que le ha mostrado a él que precisamente viviendo más este particular al que pertenecían han podido abrirse a la totalidad de la vida de la Iglesia. Por eso le he pedido que nos lo vuelva a contar a todos esta noche.

*Como no pueden verse debido a las restricciones, algunos bachilleres, entre ellos mi hija, decidieron quedar para ir a misa (la única “actividad” que sigue abierta) y eligieron una iglesia que quedara más o menos cerca de sus respectivas casas. El cura, que no es del movimiento, al notar una presencia significativa de jóvenes “desconocidos” y al enterarse del motivo, se quedó tan impactado que decidió reabrir el oratorio para ellos, para darles un lugar donde poder estudiar y jugar. Al cabo de una semana nos envió a los padres una carta donde describía de manera preciosa todo el recorrido que había hecho, de su asombro inicial a la belleza de estar con ellos. Me llama mucho la atención la manera en que este cura se ha visto atraído por una novedad en medio de un momento muy crítico, una novedad que ha renovado su conciencia del valor por el que merecía la pena correr el riesgo de reabrir el oratorio (claramente, respetando todas las normas y prevenciones, pero un poco en contra de la idea de que la opción más segura es seguir cerrado), hasta el punto de querer*

*estar con ellos, haciendo del asombro inicial una experiencia dentro de una compañía con ellos, tratando de hacer que la realidad de las circunstancias fuera más adecuada. La consecuencia es que los chavales se le han pegado y están allí todos los días. Resonaba en mi cabeza el final del punto 7 sobre la responsabilidad como simpatía, sobre la naturaleza de la decisión, que no es un acto enérgico de la voluntad porque «la decisión nace cuando se instaura una simpatía. Los apóstoles seguían a Jesús porque estaban apegados a Él con un juicio que les hacía capaces de mantener una decisión perfectamente racional: porque cuando se produce una relación que llega a convertirse en simpatía profunda, en renovación permanente del apego que ha nacido de un asombro incomparable, la racionalidad es un acontecimiento» (p. 106). Esto describe perfectamente lo que ha pasado.*

¡Precioso! Me llama la atención porque creo que es un ejemplo muy evidente de que estos chavales no han tenido que ser un poco menos amigos, un poco menos de CL, para suscitar el asombro del cura. Más aún, precisamente por su asombro ante la belleza de esa relación, decide abrir el oratorio, ofreciéndoles la posibilidad de secundar la belleza que veía ante sus ojos. La sencillez de un relato como este muestra cómo estos chicos ya vivían el carisma, que ya estaba entrando en los pliegues de su vida y por eso han podido abrirse a esta totalidad. Podemos ver en ellos cómo se adentran más en la Iglesia cuanto más viven de su relación, hasta tal punto que el cura se pega a ellos y ellos al cura, sin tener que ser menos amigos. Así se instaura la simpatía de la que hablabas. Entonces la cuestión es que sea cada vez más nuestro el carisma que hemos encontrado.

A veces, es como si sintiéramos una cierta extrañeza ante el reclamo a la «responsabilidad» que acabas de citar.

*No he podido evitar una sensación de gran desproporción al leer estas palabras: «Cada uno tiene la responsabilidad del carisma con el que se ha encontrado. Cada uno es causa del declinar o del incrementarse del carisma [...]. La toma de conciencia de esa responsabilidad es gravemente urgente para la lealtad y la fidelidad de cada uno» (p. 122). En ciertas circunstancias últimamente, sobre todo en el trabajo, he visto surgir algunos límites, relacionados con mi temperamento, que me han marcado. Luego he vuelto a leer esta frase sobre la responsabilidad y (no lo niego) he empezado a medirme, como cambiando de método respecto a lo que dice el texto. Es verdad que Giussani no está hablando de la responsabilidad como estar a la altura de las circunstancias, como una capacidad nuestra o, como dices muchas veces, de una actuación nuestra. Pero si no va ligada a algo que hacemos, ¿de qué responsabilidad está hablando don Giussani? ¿Qué paso de conciencia nos está pidiendo en estas páginas respecto a nuestra responsabilidad?*

Veamos si alguien, leyendo estas páginas, ha empezado a medirse como tú y ha descubierto algo nuevo.

*Mi pregunta es muy parecida. El trabajo de la Escuela de comunidad siempre me ha ayudado porque necesito hacer un trabajo sobre lo que me pasa, para que las cosas adquieran valor, para que nada quede aplastado por el sentimiento predominante del día. Lo necesito para vivir sin censuras. El punto 9 insiste en la responsabilidad del carisma, en la cuestión de vivir por la obra de Otro, en la llamada a la que debemos responder. Yo no vivo siempre con esta conciencia, de hecho me he topado con este punto de la Escuela después de unos días complicados y al leerlo pensaba: «¡Pero qué lejos estoy de esto!». Al terminar acabé midiéndome, porque Giussani además no ofrece alternativas. De hecho afirma en la página 121: «Sustraernos a la “forma de enseñanza a la que hemos sido confiados” es dar un primer paso hacia el cansancio, el aburrimiento, la confusión, la distracción e incluso la desesperación». Pero no puedo negar que esta reacción me ha mostrado algo que es verdad en mí últimamente: ¡lo moralista que soy! Muchas veces me despierto por la mañana y mi única preocupación es que “debo” hacer bien mi trabajo, “debo” conseguir que mi alumno apruebe, “debo” preparar las clases del día siguiente, si puedo también “debo” ir a misa diaria, “debo” preparar la cena, “debo” leer algo antes de dormir, y luego vuelta a empezar a la mañana siguiente, ¡qué tristeza! La única postura que me salva ante este deslizamiento moralista es la que tú proponías en la asamblea con la comunidad de Taiwán publicada en Huellas: «Imagina que, cuando te levantas*

*ya preocupada por todo lo que tienes que hacer, te dejaras invadir por la conciencia de lo afortunada que eres, ¡qué distinto sería el día entero!» (Huellas, n. 2/2021, p. 14). Este es el motivo de mi pertenencia al carisma, no un deber, ¿pero cómo puedo recuperar esta gratitud todos los días, en vez de caer en mi moralismo habitual? Gracias, porque todo lo que nos propones me ayuda a caminar.*

También hay que gente que al principio se asustó, como vosotros, ante la afirmación de don Giussani de que «cada uno tiene la responsabilidad del carisma con el que se ha encontrado».

*Hola.*

Hola. ¿Cómo has vencido tú este miedo?

*Parto de lo que sucedió después de mi intervención el 30 de enero en el encuentro público sobre «Educación, comunicación de uno mismo». Quería contarte lo que he aprendido después de ese momento juntos, gracias al trabajo que he tenido que hacer en la Escuela de comunidad, y por tanto a lo que está sucediendo. La primera novedad ha sido reconocer el carisma del movimiento como verdadero y vivo para mí. En realidad, el carisma siempre me ha resultado algo abstracto y alejado de mí, algo que concebía como dado a don Giussani. Nunca me había preguntado por la incidencia histórica del carisma. Ahora me encuentro con que yo, que realmente soy buena en pocas cosas, me descubro delante de la realidad sin demasiados miedos, mejor dicho, el miedo está pero es vencido por la esperanza de una semilla buena. Lo que sucede es que yo reconozco que esa semilla buena es Cristo, que me sale al encuentro a través del carisma, es decir, del rostro de mis amigos, con un rostro, un nombre, dentro de una compañía preciosa. Leyendo y retomando la Escuela de comunidad, he empezado a entender cuando dice que «cada uno tiene la responsabilidad del carisma con el que se ha encontrado» y que «el carisma se declina conforme a la generosidad de cada uno», y que «debemos adquirir el comportamiento normal de confrontarnos con el carisma» (pp. 122-123). Cuando empecé a leerlo, estas palabras me asustaron, las percibía como un juicio y una imposición. Además, las comparaba con los demás y no conmigo misma. El encuentro sobre educación y la realidad de todos los días me invitan a una educación, empezando por mí, como persona, mujer y madre, pero también como parte de un grupo de amigos dentro de una compañía más grande, en vez de mirar con prejuicios a los demás. He dejado de sentirme mal al pronunciar el nombre del Padre que me está generando ahora y he entendido que invertir en algo duradero (es decir, el terreno de Jeremías del que hablé el 30 de enero) corresponde a la semilla de esperanza que supone la carta de algunos profesores y educadores de CL al Corriere della Sera, que antes no entendía bien. Por primera vez, dentro de un contexto educativo estatal muy laico, he decidido exponerme y mandar a los representantes escolares el link al encuentro del 30 de enero. Lo he hecho con mucha libertad y sin temor a ser juzgada, simplemente porque personalmente he experimentado que lo que me ayuda a mí puede ayudar a otros, y que no puede causar malestar la afirmación de algo que me genera tan potentemente. El resultado ha superado con mucho todos mis deseos. Los representantes escolares, entusiasmados, han circulado a su vez el link entre todos los padres de la clase y luego, con un pequeño grupo, hemos decidido vernos para hablar de la cuestión educativa en tiempo de pandemia a raíz de los problemas que han surgido en la clase. Me encuentro así ante otra ocasión que me educa a mí, la realidad no me da tregua. Estos hechos objetivamente me están cambiando, me están enseñando a entender la grandeza del carisma y el significado de las frases de don Giussani que he citado. Concretamente, estoy realmente rebosante de gratitud, una gratitud inconmensurable por el don que he recibido, de manera totalmente gratuita.*

¿Veis cómo se desvela el carisma, cómo se sigue desvelando ante nuestros ojos como lo más concreto, como decía la primera intervención de esta noche? Si percibimos el carisma como algo abstracto (sin incidencia histórica, como decías), al leer la parte sobre la responsabilidad que tenemos al respecto, podemos sentirlo como una imposición. Justo lo contrario de la experiencia que ha vivido nuestra nueva amiga. Pero todas nuestras reacciones y percepciones –extrañeza, abstracción, miedo– son ocasiones para sorprender, a través de un encuentro (en tu caso el de educación o la Escuela de comunidad, etc), cómo se regenera nuestra vida, se vuelve a generar de nuevo justo en esta situación

que describes. No has tenido que cambiar, sencillamente te ha conquistado tal como eras –como conquistó a esta amiga mediante una compañera «extraña»–, te ha conquistado en el momento en el que estabas y ha hecho emerger todo tu “yo”: «He dejado de sentirme mal al pronunciar el nombre del Padre que me está generando ahora». Lo sorprendente es que esto no ha sido simplemente un pensamiento, de hecho te ha hecho libre, te ha abierto a la circunstancia hasta el punto de exponerte y mandar a los representantes escolares, en un contexto sumamente laico, el link al encuentro del 30 de enero. Y al hacerlo, te has sorprendido de que fuera acogido favorablemente y reenviado, hasta generar un grupo de personas que se han puesto a trabajar en la cuestión educativa. Esto es lo que debemos mirar: la experiencia del carisma genera toda la grandeza de lo que nos está sucediendo.

Nosotros podemos descuidar esta vida, «oscurecer o disminuir» –hasta dejar de percibirla– «la intensidad de la influencia que la historia de nuestro carisma tiene en la Iglesia de Dios y en la sociedad» (p. 122). Pero el Señor, a través de este lugar, nos vuelve a despertar constantemente si nos dejamos generar y nos hace entender en la experiencia la grandeza del carisma y el significado de las frases que lo describen. ¿Qué efecto tiene esto en nuestra vida? Te desborda de una gratitud inconmensurable por el don que has recibido gratuitamente.

Entonces, ¿qué genera una experiencia como esta?

*«Nosotros tenemos que crecer, madurar y actuar en el mundo conforme a la particular “forma de enseñanza” con la que el Señor ha querido salirnos al encuentro» (p. 120). Leyendo este párrafo del punto 9, la primera pregunta que me surgía es qué era esta «forma de enseñanza». Mientras tanto, en el Centro cultural hemos organizado una videconexión con Mireille, del Centro Edimar en Camerún, la mujer de la que habla un artículo de Tracce (n. 1/2021). En estos casos, es muy fácil dejarse llevar por el “qué bonito” y quedarse ahí, lo cual ya me aburre bastante e incluso me molesta. Por eso me puse en juego, porque quería mirar, entender y comprobar si yo había encontrado lo que buscaba. Le pregunté directamente: «Yo quiero ser como tú, madurar como tú, quiero entender qué te sostiene». Ella me respondió: «La Escuela de comunidad semanal con los jóvenes y educadores». Entonces me dije: «¿Eso es todo?». Me parecía demasiado poco, ¿basta con ser fieles a la Escuela de comunidad? Pero su rostro, su mirada y la certeza que brotaba de sus palabras me entusiasmaban. Ella no estaba ni cansada ni confusa, ni mucho menos desesperada, a pesar de lo que vive todos los días. Entonces hice una comprobación sencilla, pero convincente: para tener una humanidad así, no hay formas de enseñanza alternativas a la única posible, es decir, seguir los pasos concretos que esta historia me propone, empezando por tanto por la Escuela de comunidad. Simplemente seguir, no hay que hacer otra cosa para lograr ese ciento por uno en la mirada, como Mireille. No se trata de pensar que yo sigo una cierta experiencia y un cierto camino interpretando una vía, sino de seguir lo que tú nos indicas, Julián, estar atento a seguir la experiencia que veo en los rostros de los testigos que me hacen renacer, pegarme con los ojos abiertos como platos a esas personas en las que veo que ahora vuelve a suceder el carisma. La fidelidad humilde a todo esto cambia día a día la postura del corazón, de mi corazón, primero conmigo mismo y después ante el mundo.*

Este lugar que has descrito tan bien, amigo, nos facilita a cada uno de nosotros el poder ser generados así, responder a la pregunta que te surge al ver la vida de alguien como Mireille, que te entusiasma: «Yo quiero ser como tú, quiero entender qué te sostiene». El encuentro con ella ha sido la ocasión de entender que basta simplemente con seguir, que no hay que hacer otra cosa para lograr ese ciento por uno que has visto en ella. La regla es sencilla, siempre nos la ha recordado Jesús: «El que me sigue tendrá el ciento por uno aquí». Una de las frases que Giussani solía repetir. De hecho, decía que casi nunca hablaba sin citar esa frase de Jesús. Ahora tú la has recuperado como algo nuevo cuando has visto suceder el ciento por uno en una persona, te ha impactado que en ella estuviera sucediendo lo que decía, y ese era el signo de que ella se dejaba generar por la forma de enseñanza a la que había sido confiada. Porque esta es la belleza del camino que nos propone don Giussani: nos pone delante de una persona en la que podemos ver cómo se realiza lo que nosotros queremos, de modo que no nos separamos de la forma de enseñanza a la que hemos sido confiados y así nuestra vida no se vuelve cansada, confusa o desesperada. Por eso no podemos conformarnos con el “qué bonito”, sino que

secundamos el atractivo que vemos ante nosotros. Porque, como hemos visto en los puntos anteriores de *Crear huellas en la historia del mundo*, lo que nos asegura que la experiencia de correspondencia que hemos vivido y que vemos en otro puede continuar es justamente la responsabilidad. Seguir, responder. Para que esto pueda llegar a ser nuestro hace falta lo que has hecho tú al identificarte con esa flexión que has visto en Mireille. En los intentos que llevamos a cabo cada uno de nosotros, en esa flexión aproximativa de nuestros intentos, surge la cuestión en la que insiste don Giussani: «La mayor preocupación que metodológica, moral y pedagógicamente se debe tener» es «la confrontación con el carisma, tal como se nos ha dado», «tal como surgió en los orígenes de la historia común», de otro modo el carisma puede convertirse en «pretexto y excusa para hacer lo que uno quiera; encubre y avala lo que nosotros queramos» (p. 123).

¿En qué consiste concretamente esta confrontación? Se lo pregunta una de vosotros, que ha mandado su contribución e interviene ahora.

*Hola. Leo en el punto que estamos trabajando: «Cada cual, en cada uno de sus actos, en cada jornada, en cada imaginar suyo, en cada propósito suyo, en todo su actuar, debe preocuparse de confrontar sus criterios con la imagen del carisma tal cual surgió en los orígenes de la historia común». Y un poco más adelante: «Por ahora la confrontación debe hacerse, en última instancia, con la persona con la que todo empezó. Esta persona puede disolverse, pero los textos que ha dejado y el seguimiento ininterrumpido –si Dios quiere– de las personas indicadas como punto de referencia [...] son los instrumentos para la corrección y el suscitar de nuevo; son los instrumentos para adquirir la moralidad» (p. 112). Por tanto, la confrontación ahora es contigo. Pero me pregunto qué quiere decir eso concretamente. ¡Yo no te tengo al lado todos los días! Pero un poco más adelante el texto sigue diciendo: «Dar la vida por la obra de Otro, no de una manera abstracta, es decir, algo que tiene una referencia precisa, histórica: para nosotros quiere decir que todo lo que hacemos, toda nuestra vida, es para que se incremente el carisma en el que nos ha sido dado participar, que tiene su cronología, una fisionomía que se puede describir, que tiene nombres y apellidos y, en el origen, un nombre y un apellido» (p. 124). Aquí me surge otra pregunta. Al confrontarme con estos «nombres y apellidos» más cercanos, puede suceder que en los distintos «nombres y apellidos» oiga o vea cosas distintas. Entonces, ¿con cuáles de ellos debo confrontarme?*

Al leer tu pregunta me ha venido inmediatamente a la cabeza una frase de don Giussani que cité en el encuentro sobre educación el 30 de enero: «En una sociedad como esta no se puede crear algo nuevo si no es con la vida. No hay estructura ni organización o iniciativas que valgan. Solo una vida distinta y nueva [lo hemos visto esta noche, en unos y otros] puede revolucionar estructuras, iniciativas, relaciones, todo en definitiva» («Movimento, “regola” di libertà», editado por O. Grassi, *Litterae communionis-CL*, noviembre 1978, p. 44). Después del camino que hemos hecho podemos entender mejor, desde dentro de la experiencia, en qué consiste esta confrontación. Desde el comienzo de nuestra historia, la «forma de enseñanza a la que hemos sido confiados» (p. 121) ha sido precisamente la vida con que cada uno de nosotros se ha topado, igual que se ha topado nuestra amiga de la primera intervención. No se trató entonces ni se trata ahora de un moralismo, de reglas que cumplir, ni de un discurso correcto y limpio, sino de una forma de enseñanza que, como siempre nos ha propuesto don Giussani, tenía su paradigma en «Juan y Andrés». ¡Giussani estaba totalmente convencido de que no se puede cambiar nada si no es con la vida! Se comunica por atracción, no por proselitismo. Hoy lo hemos visto suceder de nuevo en el testimonio de nuestra nueva amiga o en el relato del asombro del cura del oratorio. Nombres y apellidos que desafían la vida de aquellos que se encuentran por la calle. Por tanto, la confrontación no se hace por moralismo ni para medir nuestras “actuaciones”. La confrontación es con una vida, como decíamos, que vemos suceder en estos nombres y apellidos. Igual que nuestro amigo delante de Mireille: «Yo quiero ser como tú, madurar como tú». La confrontación se da, querida amiga, cuando te encuentras delante de esta diferencia de potencial que no te deja indiferente –no se da con todos de la misma manera–, que te atrae, y al atraerte te mueve. Así es como la fe se vuelve interesante para vivir. Esto vale fuera del “recinto” de CL, pero también dentro. No hay diferencia. Para vivir la fe, el método es el mismo: un atractivo. No

es que fuera haga falta un atractivo, pero dentro basta con los roles, el moralismo o las reglas. ¡No puede ser! No estaríamos aquí esta noche. Igual que vosotros, yo también estoy llamado a participar de la experiencia del carisma, a través de la responsabilidad que se me pide. Por tanto, en el ejercicio de mi responsabilidad me veo confrontándome igual que vosotros con la vida de todos, con todos los que me encuentro, con toda la belleza de los testimonios que siempre os pongo delante –Xiao Ping, Azurmendi, los chavales, hasta llegar a nuestra nueva amiga de esta noche–, porque yo soy el primero en ser generado constantemente por estos «nombres y apellidos». Cuando tengo que afrontar la vida, solo puedo hacerlo, como te pasa a ti, teniendo estos hechos en la mirada. Tengo que afrontar la pandemia, tengo que afrontar la pregunta de qué me arranca de la nada, tengo que afrontar las circunstancias viendo derrumbarse las evidencias que todos tenemos, tengo que afrontar el problema de la educación en tiempo de pandemia, tengo que encontrarme con personas totalmente diferentes a nosotros. ¿Qué tengo yo que no tengas tú para afrontar todo esto? Todos estos hechos que me generan constantemente. Porque yo tengo el mismo problema que tú: vivir. Yo vivo todos estos desafíos delante de todos, delante de ti ahora, con estos hechos en la mirada. Mira tú –esto es confrontarse– si, con tus intentos para afrontar cualquier circunstancia, en lo que ves en los demás o en mí encuentras algo que te ayude a estar delante de los desafíos que tenemos todos. ¿Por qué nuestra nueva amiga ha seguido a la compañera con la que se ha encontrado? Porque le hacía estar de otra manera en la realidad. ¿Por qué hemos afrontado la pandemia de una manera distinta? Porque nos ha permitido estar en la realidad. ¿Con qué nos confrontamos? Con las circunstancias en las que nos pone el Señor, donde nos da testigos para poder vivir. Comprendo tu pregunta perfectamente: «¿Qué quiere decir esto concretamente? ¡Yo no te tengo al lado todos los días!». Recuerdo algo que oí decir a Giussani muchas veces: «Tened en cuenta lo que digo en público, delante de todos». Cuando vivía en Madrid, le veía una vez al año y de lejos, mucho menos de lo que tú puedes verme a mí, y no tenía a nadie más con quien confrontarme. En todos estos gestos que hacemos constantemente, tú te encuentras delante de una manera de afrontar los desafíos con la que te puedes confrontar, comprobando si esta forma con la que te topas, por lo que ves suceder delante de tus ojos, te facilita y te ayuda a vivir mejor. Porque no hay otro motivo, el cristianismo solo se comunica solo por un atractivo, desde el principio, y así se seguirá comunicando. El origen no permanece porque nos contemos el pasado, sino al contrario: puesto que hay algo que nos atrae ahora, que nos sobresalta ahora, por eso nos interesa el pasado. Por eso, la confrontación con el carisma suscita ese sobresalto por cómo vive uno el presente. Eso es lo que dice don Giussani: «¿En qué consiste esta autoridad? [...] Es el lugar –porque tú también eres un lugar, cualquier persona es un lugar– de la lucha de la profecía y la verificación de esa profecía; el lugar de la lucha por afirmar, la lucha y la verificación de que nuestra propuesta responde al corazón, lo que la propuesta de Cristo supone para la percepción del corazón... que la propuesta de Cristo es verdadera, es decir, corresponde a la percepción, a las exigencias del corazón» (en «¿Quién es este?», *Huellas*, n. 9/2019, p. 10). Como vosotros, yo también tengo que confrontarme con el carisma que todos hemos encontrado.

Don Giussani nos ha indicado el criterio para juzgar, subrayando que el criterio para juzgar la vida de la Iglesia entera y la experiencia del carisma es el mismo. A propósito de esto, merece la pena releer lo que dice don Giussani al final de *Por qué la Iglesia*. A la pregunta: «La Iglesia, ¿es verdaderamente la prolongación de Cristo en el espacio y el tiempo? ¿Es el lugar y el signo de su presencia?», responde: «La Iglesia, prosiguiendo lo que hacía Jesús en su existencia terrena, se dirige a nuestra humanidad tal como esta es. La Iglesia, como Jesús, se dirige a esa capacidad del hombre que hemos llamado experiencia elemental, es decir, a ese conjunto de evidencias y de exigencias originales con las que el ser humano se asoma a la realidad. [...] Así pues», continúa don Giussani, «la Iglesia lo que quiere es medirse con este sentido crítico superior, que continuamente debe conquistarse, poniéndose a sí misma a merced de la experiencia humana auténtica».

Al encontrarnos con un testigo, se nos invita a comprobar si vive mejor que nosotros. Confrontarse es captar una diferencia de potencial. A esta confrontación la Iglesia somete la propuesta que hace al hombre: «Ella somete su mensaje a la aplicación de los criterios originales de nuestro corazón. No requiere cumplir mecánicamente cláusula alguna, confía en el juicio de nuestra experiencia y, más

aún, la solicita continuamente para que recorra su camino completamente». Por otra parte, este es «el criterio que nos guía incluso en las decisiones mínimas: los hombres se adhieren a esta invitación o aquella, optan por estar con esta persona o aquella, porque esperan obtener mayor satisfacción de esa elección, una correspondencia más intensa con su deseo. Al ser la libertad de adhesión al objeto al que aspira, el hombre, hecho para la felicidad, mueve su dinamismo libre en busca de esa “fascinación mayor”, como decía san Agustín, es decir, de una plenitud de vida cada vez mayor, de una posesión del ser cada vez más completa».

En este punto, Giussani subraya que «el mensaje de la Iglesia en la historia de la humanidad proclama que tiene como único interés cumplir plenamente el supremo anhelo del hombre. Sin pedirle que olvide ninguno de sus auténticos deseos, de sus exigencias primarias; más aún, prometiéndole un resultado muy superior a aquello de lo que su imaginación es capaz: el ciento por uno. [...] La Iglesia no puede hacer trampas con su propuesta; no puede entregar simplemente un libro o determinadas formulaciones a la consideración de algunos exegetas. Ella es vida y tiene que ofrecer vida, acogiendo la experiencia de los hombres en el ámbito de su pretensión». Pero entonces, justo después, don Giussani reclama nuestra responsabilidad: «Pero tampoco el hombre puede aprestarse a verificar algo que tenga ese alcance sin adoptar un compromiso que implique la vida. Tampoco él podrá recorrer hasta el final el camino que le asegure el carácter atendible de lo que proclama la Iglesia sin estar dispuesto a comprometerse. Puesto que la Iglesia se propone como vida, una vida plenamente humana y llena de lo divino, el hombre tendrá que comprometerse con la vida para “cerciorarse” de ese desafío. Y no podrá captar si es verdadero o no lo que promete la Iglesia más que partiendo de lo que ella es actualmente, junto a él mismo. La Iglesia no puede trampear, pero el hombre tampoco. Lo que se abre ante él es un camino verdadero al que su corazón debe estar dispuesto» (*Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 284-288).

Al encontrarnos con un testigo, tenemos la posibilidad de comprobar si vive mejor que nosotros. Confrontarse es captar esta diferencia de potencial. La Iglesia somete a esta confrontación la propuesta que hace al hombre. Y como la Iglesia no puede hacer trampas, nosotros tampoco podemos trampear. El punto de confrontación no es un moralismo más rígido sino el acontecer de esa diferencia de potencial que ayuda a afrontar la vida de una manera más verdadera, más real, que permite vivir mejor todas las circunstancias en que nos pone el Misterio. Por eso, cuando uno lo descubre, se llena de gratitud. ¿Todas las personas son iguales? ¿En todas percibimos una diferencia de potencial? ¿Todas nos atraen de la misma manera? ¿Todas nos ponen en movimiento del mismo modo? Cada uno debe verificarlo en su propia experiencia, porque Giussani deja abierta esta cuestión. Siempre me llama la atención leer estos fragmentos de Giussani en *Por qué la Iglesia* porque deja abierta la partida. Puesto que la Iglesia no puede hacer trampas y debe medirse con las exigencias del hombre, el carisma también debe medirse con todas tus exigencias elementales. Aquí es donde se da la confrontación, y solo tú puedes hacerla. ¿Por qué ha cedido nuestra nueva amiga? Porque ha reconocido la conveniencia humana de vivir como su compañera, ha visto que era más ella misma. También lo hemos visto en las demás intervenciones. Cada uno de nosotros ha podido confrontarse con ello.

Esto es lo que se nos pide, esta confrontación que incluso la Iglesia reconoce como criterio para juzgar. Hemos leído cómo Pablo VI se dirigía así a Giussani cuando empezó el movimiento: «No comprendo sus ideas ni sus métodos, pero veo los frutos y le digo: siga adelante así». Y se lo repitió en 1975: «Ánimo. Este es el camino» (A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, pp. 240, 544). La confrontación es con esa novedad que el Espíritu suscita ante nosotros para no dejarnos ceder a la nada. Aquí radica toda la dramaticidad que el carisma introduce en nuestra vida para no dejarnos sucumbir a nuestra nada.

Escuela de comunidad. La próxima Escuela de comunidad por videoconexión será el miércoles 24 de marzo a las 21:00 horas.

Este mes empezamos a leer el tercer capítulo de *Crear huellas en la historia del mundo*, titulado «Un pueblo nuevo en la historia para la gloria humana de Cristo». Trabajaremos los puntos 1 («Un protagonista nuevo en la historia») y 2 («Para la gloria humana de Cristo»).

Ejercicios de la Fraternidad. La próxima semana enviaré una carta a todos los inscritos en la Fraternidad, en la que se darán también todas las indicaciones para la inscripción y participación en los Ejercicios, que se desarrollarán por videoconexión. Os pido que la leáis prestando atención a todo lo que implica la propuesta de este año.

Gestos de Semana Santa. Este año el CLU propondrá los gestos de Semana Santa –las meditaciones de jueves y viernes por la mañana y el Via Crucis del viernes por la tarde– por videoconexión. De manera excepcional, dada la situación especial de este año, invitamos a todos los adultos a considerar la posibilidad de participar en el Via Crucis y, los que puedan, también en los demás gestos propuestos por el CLU. En las próximas semanas se comunicarán las indicaciones de inscripción.

En la web de CL estará disponible el cuaderno con los cantos y lecturas propuestas por don Giussani para la Semana Santa con los universitarios.

Los Bachilleres comunicarán sus iniciativas mediante los canales habituales.

Cartel de Pascua. Veamos juntos el video con la imagen y el texto del Cartel de este año.

*[proyección del video]*

La imagen que hemos elegido es un cuadro de Giovanni Francesco Romanelli, *San Pedro y San Juan en el sepulcro*; el texto es de don Giussani.

«Los hombres, jóvenes y no tan jóvenes, necesitan una cosa en última instancia: la certeza de la positividad de su tiempo, de su vida, la certeza de su destino.

“Cristo ha resucitado” es la afirmación de que la realidad es positiva; se trata de una afirmación amorosa de la realidad. Sin la resurrección de Cristo nos queda solo una alternativa: la nada.

Cristo se hace presente, puesto que ha resucitado, en todos los tiempos, a través de toda la historia. El Espíritu de Jesús –es decir, del Verbo hecho carne– se torna experimentable, para el hombre de todos los tiempos, en Su fuerza redentora de la existencia entera de cada individuo y de toda la historia humana, en el cambio radical que produce en quienes se encuentran con Él y, como Juan y Andrés, le siguen».

El video-cartel estará disponible en breve en la web y en las redes sociales del movimiento, y en los próximos días también estarán las versiones en inglés, español, portugués y francés.

Para el cartel en papel, podéis dirigiros al secretario de vuestra comunidad.

Usemos el cartel, en papel o digital, como ocasión de encuentro con todos. Solo poniéndonos en juego personalmente, podremos descubrir que su contenido puede iluminar verdaderamente nuestra experiencia, dando un paso más en la certeza de la resurrección de Jesús, presente en la carne de nuestra vida.

Que este tiempo de Cuaresma nos encuentre disponibles para captar los signos de «Su fuerza redentora», para que podamos decirle de nuevo nuestro “sí”, como el niño que se deja abrazar sin reservas.

¡Buena Cuaresma a todos!

Hasta la próxima. Gracias y buenas noches.